

PAULO LINS
CIUDAD DE DIOS

Traducción de Mario Merlino

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Cidade de Deus*

Índice

1.ª edición: mayo 2003
2.ª edición: octubre 2003

© 1997, 2002, Paulo Lins

© de la traducción: Mario Merlino, 2003
Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Cesare Cantù, 8 - 08023 Barcelona
www.tusquets-editores.es
ISBN: 84-8310-235-8
Depósito legal: B. 40.961-2003
Fotocomposición: Foinsa - Passatge Gaiolà, 13-15 - 08013 Barcelona
Impreso sobre papel Goxua de Papelera del Leizarán, S.A.
Liberdúplex, S.L. - Constitución, 19 - 08014 Barcelona
Encuadernación: Reinbook, S.L.
Impreso en España

1. La historia de Inferninho	13
2. La historia de Pardalzinho	171
3. La historia de Zé Miúdo	293

Cleide, que estaba en el bar de Batman a la hora del asalto, decidió acompañarlos a distancia.

Tutuca, Inferninho y Martelo pasaron corriendo por el Ocio, entraron en la Praça da Loura y salieron enfrente del bar de Batman, donde estaba parado el camión del gas.

—¡Todo el mundo quieto! ¡Si no, os pego un tiro! —ordenó Tutuca empuñando dos revólveres.

Inferninho se apostó en el lado izquierdo del camión. Tutuca en el lado opuesto. Martelo fue a la esquina a controlar una eventual llegada de la policía. Los transeúntes caminaban despacio; cuando se alejaban de allí, apretaban el paso. Solamente las dos viejas que en ese momento se disponían a comprar una bombona no se movieron. Parecían plantadas en el suelo, temblaban, rezaban el credo.

Los repartidores levantaron las manos y aclararon que el dinero lo tenía el conductor, cuyos intentos por esconderlo resultaron vanos. Inferninho lo observaba. Le ordenó que se tumbase en el suelo con los brazos extendidos, lo registró, cogió el dinero y le propinó una patada en el rostro para que no volviese a pasarse de listo.

Martelo anunció a todos que el gas corría por su cuenta, que no hacía falta que llevasen bombonas vacías para cambiarlas por las llenas. En pocos minutos dejaron limpio el camión.

—¡Eh!, vamos a subir por aquí —propuso Tutuca.

—No, vayamos por el Ocio, que es más abierto, ¿vale? Así vemos a todo el mundo y pegamos unos gritos para recoger a Cleide —dijo Martelo.

—¡De eso nada, tío! —se opuso Tutuca—. Un bandido de verdad tiene que andar armado, ¿te enteras? No voy a deambular por ahí enseñando el dinero, no sea que aparezca alguien y nos lo afane. ¡No sabemos quién es quién aquí, tío! ¿O te crees que somos los únicos bandidos del barrio? ¡Aquí sólo hay favelados! Hasta los de la Baixa da están metidos acá. Además, ¿y si nos paran los maderos?, ¿qué les vas a decir, eh? ¡Seguro que sin armas no nos salva nadie! —concluyó Tutuca sin dejar de andar a buen ritmo.

Inferninho no dijo nada. Algo le llevó a acordarse de su familia: su padre, aquel cabrón, vivía borracho en las laderas del morro de São Carlos; su madre era una puta de la zona, y su hermano, maricón. La madre, un pendón desorejado conocido por su fuerte personalidad, no traía líos a casa, tenía palabra, y en Estácio la respetaban. El padre tampoco era su mayor problema porque, cuando estaba sobrio, los chicos no le marcaban la cara con tiza ni le robaban los zapatos; además, sabía pelear y era batería de la escuela de samba. Pero el hermano... Cuánto vicio... Tener un hermano maricón fue una gran desgracia en su vida. Imaginaba a Ari chupándose la polla a los albañiles en la Zona do Baixo Meretrício, dejando que los muchachos de São Carlos le diesen por culo, retozando con los marineros y los guiris en la Praça Mauá, lamiéndole el culo a algún ricachón en los cines cutres de Lapa. No soportaba que su hermano usase pintalabios, se pusiese ropa de mujer, pelucas y zapatos de tacón alto. Recordó también aquella putada del incendio, cuando aquellos hombres llegaron con bolsas de estopa empapada en queroseno y prendieron fuego a las chabolas, disparando tiros sin ton ni son. Aquel día, su abuela curandera, la vieja Benedita, murió abrasada. Ya no podía salir de la cama por culpa de aquella enfermedad que la obligaba a vivir tumbada. «Si entonces yo no hubiese sido un crío», pensaba Inferninho, «la habría sacado de ahí a tiempo y, ¿quién sabe?, tal vez ella estaría ahora conmigo; puede que en el fondo no sea más que un inútil y una mierda, pero ella ya no está, ¿vale? Estoy aquí para matar y morir.» Al día siguiente del incendio, a Inferninho lo llevaron a la casa en la que su tía servía. La tía Carmem trabajaba en la misma casa desde hacía años. Inferninho vivió con la hermana de su madre hasta que su padre construyó otra chabola en el morro. Se pasaba el día en aquella casa, sin dar golpe, y un día, por una puerta entreabierta, vio al hombre que salía en la televisión decir que el incendio había sido accidental. Le entraron ganas de matar a todos esos blancos que tenían teléfono, coche, nevera, que comían cosas buenas, que no vivían en chabolas sin agua corriente ni meadero. Además, a diferencia de su hermano Ari, ninguno de los hombres de aquella casa tenía cara de maricón. Pensó en arramblar con todo lo que tenían los blancos, hasta con el televisor mentiroso y la batidora de colores.

Cuando pasaron frente al mercado Leão, Inferninho vio a unos chicos que jugaban a la pelota en un terreno cubierto de escombros y les dijo a sus compañeros:

—Ésos pueden ser unos tíos cojonudos. Y hasta pueden ser iguales que yo, pero no más que yo, ¿os enteráis? A mí que no me vengan con consejos. Si un tío se pone chulo conmigo, le vuelo la cabeza. Me apuesto lo que sea a que ninguno de esos gilipollas se atreve a plantarme cara.

—¡Vamos a ver! —contestaron Tutuca y Martelo.

Se acercaron al ambulatorio. A la izquierda, los chicos jugaban a la pelota.

—Eh, para esa pelota y pásamela que ahora es mía. ¡Si no me la pasas, te doy! —amenazó Inferninho mientras le apuntaba con el arma.

Un chico asustado le llevó la pelota. Inferninho hizo varios toques sin que la pelota tocara el suelo, la controló con los dos pies, jugó con ella en el pecho, se la pasó del pecho al muslo izquierdo y después a la cabeza.

Por fin Inferninho, después de jugar con la pelota durante varios minutos, la chutó hacia arriba. La pelota habría vuelto a su pecho en un rebote perfecto, pero entonces Inferninho apretó el gatillo y la pelota cayó ya sin vida. Martelo y Tutuca se rieron a carcajadas, pero Inferninho, que se había quedado muy serio, dejó escapar una mirada airada que daba continuidad al sonido del tiro. Impuso silencio fijando sus ojos sin brillo en el rostro de cada uno en una rápida mirada de soslayo, como si los culpaba a todos de la desgracia que era su vida. Segundos después, les dio la espalda. Los amigos lo acompañaron.

Allá abajo, a orillas del río, Passistinha, Pará y Pelé fumaban un porro.

—Los tíos dejaron que los del camión vendieran casi todo y después los atracaron en Allá Enfrente. Pillaron un montón de pasta, hubo bombonas de gas para todo el mundo y encima les dieron una lección a esos tíos que juegan a la pelota en el Sangre y Arena. ¡Anímate, colega! —dijo Pelé, entusiasmado con la posibilidad de asaltar también el camión del gas.

—¿Qué Sangre y Arena, tío? —preguntó Passistinha.

—Ese campito con escombros que está cerca del mercado.

—¿Quiénes son esos que van de rateros por la zona? —inquirió Pará, y le pasó el porro a Pelé.

—Son Tutuca, Inferninho y Martelo. A Inferninho lo conozco de

São Carlos, Tutuca es de Cachoeirinha, y Martelo, si es el que creo, es de Escondidinho —respondió Passistinha.

—Yo sólo sé que el próximo camión es mío, ¿vale? ¡Hay para todo el mundo, así que nadie tiene nada que envidiar! —advirtió Pelé.

—Cuidado con Inferninho, que es jodido. Si te encuentras con él, hay que ponerse duro, si no el menda se va a las manos, ¿sabes? Pero si le dices que vas de mi parte, seguro que acepta llegar a un acuerdo...

—¡Eso no va conmigo, tío! —interrumpió Pelé—. Yo no le tengo miedo a nadie. No quiero discutir, pero si el otro viene con ganas, no habrá acuerdo que valga. ¡Me lanzo yo también a darle de hostias!

—Hay que respetarse mutuamente. Ha de quedar claro que el verdadero enemigo es la policía, ¿me entiendes? No quiero que mis amigos se peleen —advirtió Passistinha.

—¡La bofia! —anunció una voz venida de un callejón entre los basureros de la *quadra* Trece.*

Passistinha salió a todo correr por el puente de la Cedae** y dio la vuelta por la orilla izquierda del lago; Pelé y Pará fueron tras él y llegaron a la parte del pantano que sobrevivió a los terraplenes. Una serpiente se asustó con la carrera, pero ninguno de los tres reparó en ella. Tomaron la dirección de la higuera embrujada para fumarse otro porro en sus ramas y observar a los policías que hacían un registro en los basureros de la *quadra* Trece.

Los lecheros ya habían pasado. Los chicos veían *Nacional Kid*. Los que no tenían televisor se iban hasta la ventana del vecino a admirar las aventuras del superhéroe japonés. El sol ya se había alejado de la sierra de Grajaú y un viento furioso sostenía las cometas que se cruzaban en el cielo. Pequeñas nieblas de polvo rojo ora nacían, ora morían, a lo largo de las calles de tierra batida, y los niños uniformados que salían del colegio llenaban las miradas de todos. Ya era mediodía.

En Allá Arriba, en la casa de Martelo, los asaltantes se repartieron el dinero mientras Cleide preparaba una sopa de verduras y decía:

—El conductor de blanco pasó a rojo. No sé cómo no se cagó... Me dio pena, ¿sabes?, aunque me pareció gracioso. Pero las viejas..., ésas sí que me dieron mucha lástima; las pobres temblaban como una hoja. No sé cómo no les dio un patatús.

* Si bien la *quadra* equivale a una manzana de casas, en la novela alude a complejos de mayor extensión. (N. del T.)

** Companhia Estadual de Águas e Esgotos, Companhia Estatal de Águas y Desagües. (N. del T.)

—¡Pero si yo no les apunté! —dijo Tutuca.

—¿Y eso qué importa? Con sólo ver las armas, hubieran podido tener un infarto allí mismo.

—Pero a la hora de coger bombonas bien que les gustó —concluyó Tutuca.

—De eso nada: cuando comenzó a juntarse gente, ellas se las piraron —aclaró Cleide.

Tutuca se apartó de sus amigos; pensó en ir al cuarto de baño, pero prefirió salir de la casa. Una tristeza acompañaba sus pasos. Ya no escuchaba lo que decían sus amigos; sentía escalofríos. Se fue al fondo del patio, se sentó con la cabeza apoyada en la pared de la casa y dejó que las lágrimas le brotasen de los ojos. No habían sido las viejas las que lo habían puesto triste; ellas sólo le recordaron aquella vez en que fue a asaltar el camión del gas solo y no tardó en aparecer la policía; no había manera de salir corriendo sin disparar, y eso fue lo que hizo. Una de las balas de su revólver fue a parar a la cabeza de un niño. Vio al chiquillo balancearse en los brazos de su madre y cómo los dos cayeron al suelo debido al impacto. En un intento por aliviar su sentimiento de culpa, se repetía que aquel crimen había sido sin querer, pero, cada vez que se acordaba de eso, lo invadía la desesperación de haber matado a un crío. Sabía que podía arrepentirse de sus pecados y alcanzar el Reino de los Cielos, pero aquel pecado era muy grande; muchas veces había oído hablar a sus padres de los pecados mortales. No tenía remedio, se iría derecho al quinto infierno. Miró al cielo, después al suelo y concluyó que Dios estaba muy lejos. Los aviones volaban altísimo, y ni siquiera así se acercaban al paraíso. El *Apolo XI* sólo había ido hasta la Luna. Para llegar al cielo hay que pasar por todas las estrellas, y las estrellas están donde Cristo perdió los clavos. Si el infierno está bajo tierra, queda mucho más cerca. Temía la ira de Dios, pero tenía ganas de conocer al Diablo; haría un pacto con él para tenerlo todo en la Tierra. Cuando viese que se acercaba la muerte, se arrepentiría de todos sus pecados y así ganaría por los dos lados. Lo jodido sería que muriese de repente. Decidió dejar de pensar en tonterías. Regresó junto a sus amigos.

Tutuca se crió en el morro de Cachoeirinha. Quiso ser delincuente para que todos lo temiesen tanto como todos temían a los maleantes del lugar donde creció. Los tipos imponían tanto respeto que el miedo de su padre no se atrevía siquiera a mirarlos a los ojos. Le gustaba cómo hablaban, cómo vestían. Cuando salía a comprar algo, se

desviaba hasta la taberna donde se reunían los tipos y se quedaba allí, oyéndolos cantar sambas de partido alto.* Hasta los quince años, lo obligaron a frecuentar la iglesia de la Asamblea de Dios. No se cansaba de repetir a sus padres que no le gustaba aquella vida de oraciones y más oraciones y tener que acompañarlos a los cultos. Odiaba que su casa se convirtiese en escenario de veladas y reuniones de la gente de la iglesia. Quería tener una vida igual a la de la mayoría de los chicos del morro. Tenía ganas de participar en las fiestas de junio, comer dulces de san Cosme y san Damián, recibir regalos en Navidad. Deseaba desfilar en el ala de la percusión de cualquier escuela de samba, pero la religión no permitía nada de eso. Decían que el Carnaval era la fiesta del Demonio. El Demonio, ése sí que sabía. Un día decidió abandonar la iglesia. Rasgó la Biblia, hizo lo mismo con las octavillas y desafió a sus padres, que insistían en que no lo dejase. Con el paso del tiempo, Tutuca comenzó a fumar marihuana en las quebradas del morro. Primero robó en su propia casa, después en el mercado, hasta que se dedicó a los asaltos. Los vecinos comentaban que Tutuca no era feo, que lo habían criado bien, pues tenía un padre que no bebía, su vida consistía en ir de casa al trabajo y del trabajo a casa, y, en cambio, el hijo se quedaba allí con aquella cara de perro rabioso. Por cualquier pequeñez quería pegarle un tiro a otro crío, atracaba a los vecinos y abusaba de las chicas del lugar. Era un auténtico hijo de puta.

—Mañana voy a atracar otra vez el camión del gas. No quiero estar pelado, porque da una jodida mala suerte y nos quedamos sin una moneda siquiera para untar a los policías, ¿entiendes? ¿Te mola ir otra vez? —le preguntó Inferninho.

—Me mola —respondió Tutuca.

Martelo dijo que no. Le parecía arriesgado cometer un atraco dos días seguidos.

—Toda la policía va a estar al acecho —explicó Martelo—, esperando el momento de meternos el zurre, ¿te das cuenta? Yo me voy a quedar encerrado.

—Si hoy fue el día de la compañía Gasbrás, mañana será el de Minasgás —recordó Tutuca, sin prestar oídos al consejo de su compañero.

* Tipo de samba que cultivaban en Río de Janeiro, desde finales del siglo XIX, las minorías negras ya urbanizadas (de ahí el nombre de «partido alto»). En el baile tienen especial importancia los movimientos del vientre, el ritmo se marca con palmas y los instrumentos más usados son la guitarra, el machete y hasta platos rascados con un cuchillo. (N. del T.)

—Vosotros os quedáis con el puesto del Siete y de Barro Rojo, y nosotros con el de los chiringuitos y el de los Bloques Viejos.

—¡Ni hablar, tío! Nosotros nos quedamos con todos los puestos, pero os dejaremos que nos ayudéis.

—¡De acuerdo!

—¡Trato hecho! Voy a despejar una casa para que os instaléis.

—Oye, nosotros sabemos dónde están y dónde se reúnen. ¡Será pan comido!

—¿Cuántos son?

—Ocho.

En Allá Arriba, la guerra prácticamente había terminado: los hombres de Messias mataron a la mayor parte de los enemigos, a Ratoeira lo habían encarcelado y el resto logró huir de la favela. Los habitantes de las Últimas Triagens dieron gracias a Dios por el final de aquella epopeya: Messias y sus hombres habían perforado las paredes de las casitas para huir de los enemigos y de la policía. Entraban en una casa a cualquier hora de la noche o del día, se metían por los agujeros y, sanos y salvos, salían bien lejos de los enemigos y de la policía.

Para tomar el puesto de venta de Los Apês, la cuadrilla de la Trece se dividió en grupos de diez y entraron por sus diferentes accesos. La lucha duró dos días. El balance final de la contienda ascendió a once muertos: ocho de los Caixa Baixa, dos maleantes de la Trece y un policía militar, además de varios heridos de bala.

Pese a encontrarse en inferioridad de hombres, la banda de los Caixa Baixa, en lugar de escapar, optó por liarse a tiros hasta la muerte.

Messias envió un recadero a Borboletão y a Tigrinho proponiendo una tregua: si dejaban en paz a los de Allá Arriba, ellos harían lo propio con los de la Trece y, si Cenoura asomaba por la zona, ellos mismos lo matarían.

—¡Trato hecho! —dijo Borboletão al recadero de Messias.

La paz era de nuevo la soberana de la favela, y el único que continuó matando a aquellos que robaban, atracaban o violaban en la favela fue Otávio, que llenó una fosa con treinta cadáveres y que, cuan-

do no los mataba, les cortaba las manos a hachazos. Sin embargo, un buen día le entró la ventolera de convertirse al protestantismo y comenzó a predicar cerca de los puestos de venta de droga. Decía que había cometido todos esos crímenes porque el Diablo se había adueñado de su cuerpo. Los maleantes lo dejaban en paz: siempre habían respetado a los protestantes. Lo apresaron una noche cuando regresaba de la iglesia y permaneció encarcelado dos años. Una vez libre, se casó y tuvo hijos. Todos los domingos visitaba las cárceles para intentar convertir a los internos; no obstante, la policía, recelando de su conversión, no perdía oportunidad de propinarle una paliza en cuanto se topaba con él, incluso delante de su esposa y de sus hijos.

Otávio rasgó la Biblia, quemó el traje con el que solía ir a los oficios religiosos y fue al puesto a pedir a Borboletão una pistola para matar solamente a policías.

Jaquinha, Laranjinha y Acerola, ahora casados, seguían quedando de vez en cuando para fumarse un porro y recordar los viejos tiempos, hábito que prácticamente habían abandonado mientras duró la guerra.

Tê volvió a trabajar en casa de una señora rica, pero sólo por hacer algo, pues ya no pasaba necesidades; su hija mayor se había casado con un canadiense que se la llevó a Canadá, desde donde, todos los meses, enviaba a su madre dinero suficiente.

Busca-Pé, después de militar varios años en el Consejo de Vecinos, se casó, se mudó y logró establecerse como fotógrafo, pero de vez en cuando volvía a la favela para visitar a su madre y a sus amigos.

A Bica Aberta lo detuvieron en el atraco a un banco en Copacabana y sus camellos abandonaron el tráfico. Tiempo después, donde estaba su puesto se formó una cuadrilla cuyos líderes eran primos de Cenoura. Éste volvió a frecuentar la favela y a combatir nuevamente a los maleantes de Allá Arriba. No obstante, lo encarcelaron poco después de comenzar el conflicto.

La víspera de una Navidad lluviosa, treinta hombres bajaron de varios taxis en la Praça da Loura, todos armados con ametralladoras. Sólo Miúdo llevaba una pistola. Gordo, con pantalones de lino y camisa de

seda, indicaba a sus secuaces el camino que debían seguir. Llegaron a la Trece, donde nadie vigilaba; era Navidad y, en fechas como ésas, los maleantes siempre comienzan a beber temprano. Miúdo miraba a todos lados, hasta que se encontró con Borboletão, que echó a correr porque tomó a los hombres de Miúdo por policías.

—Hemos venido a charlar... ¡Soy yo, chaval, Miúdo!

Borboletão se detuvo detrás de un muro al reconocer la voz del maleante.

—Escucha: quiero Los Apês de vuelta, porque esa zona es mía —dijo Miúdo.

—¡Claro!

—Cuando vosotros quisisteis quedaros con este puesto, yo no dije nada, ¿vale? Combatimos juntos, nunca hubo robos, salvo en el caso de Biscoitinho, que intentó hacerlo, pero no fue a mayores.

—Si tomamos el control de allí fue porque los Caixa Baixa estaban jodiendo a todo el mundo, ¿entiendes? Puedes instalarte cuando quieras, pero antes déjanos que vendamos la carga que nos queda.

Después de la conversación, bebieron del mismo vaso. Tigrinho lanzaba tiros al aire. Esnifaron cocaína, consumieron vino, güisqui y cerveza, y Miúdo salió de allí con la certeza de que volvería definitivamente a la favela el 31 de diciembre.

El maleante regresó a la favela sintiéndose aún más prepotente; quería volver a ser el dueño de Ciudad de Dios, y para eso planeó con sus compañeros de Realengo un ataque sorpresa en la Trece: tendría lugar una semana después de su nueva toma de posesión de Los Apês. Después atacarían Allá Arriba. Creía que allí todos le temían, porque siempre había sido cruel, y la crueldad es la mejor arma con que cuenta un maleante para hacerse respetar. Paz y arrepentimiento eran palabras que no entraban en su vocabulario. No hacía nada que no le reportara beneficio. Si hacía algo bueno, su gesto se volvía en contra del beneficiado, pues Miúdo sufría cuando no se le retribuía de la misma manera; de ese modo, destruía todo lo que no coincidía con su perversa comprensión del mundo, de la vida y de la relación con los demás. Tenía la capacidad de sacar a la superficie los más bajos instintos de los hombres y multiplicarlos a su antojo. Deambulaba por la casa hablando solo sobre la cárcel y la libertad; cualquier acto que consideraba un agravio hacia su persona, lo castigaba con la muerte. Era dueño de su desengaño, amo y señor de esa crueldad que consiste en no perdonar nunca, en aniquilar lo que no entraba en los recovecos

de su comprensión criminal, en atribuir maldades a inocentes para justificar su depravación. Era un auténtico gusano nacido bajo el signo de Géminis.

La luna, casi muerta bajo un manto de nubes, se asomaba esporádicamente. Tan sólo estrellas apagadas y fuegos de finales de año iluminaban la noche, la noche de Miúdo, la noche en que volvería a ser el dueño de Ciudad de Dios. Pasó por la Trece y no encontró a ninguno de los jefes. Dejó un recado para Tigrinho y Borboletão notificándoles que ya estaba instalado en Los Apês y exigiéndoles que dejasen de traficar en su zona, en caso de que todavía lo estuviesen haciendo. Se dirigió hacia Los Apês conduciendo un Ford Corcel azul. Fue directo a los chiringuitos, donde abrazó a los muchachos del vecindario y compró caramelos a los niños, afirmando que había aprendido a leer y a conducir y que mandaba en Realengo, pero que su sitio predilecto donde ejercer el mando era Los Apês.

A las once y media, un niño le comunicó que Tigrinho y Borboletão le esperaban en el Morrinho para dialogar, pero que fuese sin armas, porque una conversación es una conversación. Nada de guerra.

—Y de qué quieren hablar, ¿eh?

—Dijeron que es por tu propio bien.

Permaneció unos minutos en silencio, meditando sobre la conveniencia de acudir a la cita. Si no iba, pensarían que tenía miedo. Era Zé Miúdo, nada lo atemorizaba.

—Vale, vale, ¡diles que me tomo una copa más y en cuanto acabe voy para allá... ¡Anda, corre, ve a decírselo!

Esperó a que el niño se alejase, miró a su alrededor y, al comprobar que no había nadie de la Trece observándolo, sacó una pistola de la cintura y se la colocó en el tobillo; sus compañeros hicieron lo propio y todos juntos enfilaron hacia el Morrinho.

La plaza del Morrinho se hallaba desierta, con la excepción de Tigrinho y Borboletão, parapetados tras un poste y un muro, respectivamente. Habían ordenado a algunos de sus soldados que se escondiesen en los edificios cercanos y que, al primer disparo, atacasen.

Miúdo caminó con sus compañeros hasta donde estaban Tigrinho y Borboletão.

—Hemos decidido que nos vamos a quedar con el puesto, ¿entiendes? —dijo Tigrinho—. Esa historia de que el puesto era tuyo ya no tiene sentido. Nosotros no te hemos quitado el puesto. Se lo arrebatamos a los tipos que te lo habían quitado a ti, ¿está claro? —concluyó.

—Pero ¿qué estás diciendo, tío? ¿No habíamos acordado que...?

Borboletão lo interrumpió para apoyar a Tigrinho. Miúdo, sin ha-

cerle caso, se llevó disimuladamente la mano a la frente, miró a uno de sus compañeros e hizo la señal de la cruz. Tigrinho, que lo observaba atentamente, sacó la pistola de la cintura, le disparó un tiro en el abdomen y salió corriendo junto con Borboletão. Ese primer tiro desencadenó un gran alboroto; todos los que estaban escondidos entre los edificios salieron en desbandada. Aprovechando la confusión, Miúdo y sus compañeros bajaron la ladera disparando indiscriminadamente. En la fuga, Miúdo acertó de lleno en la cabeza de uno de los maleantes.

Los cuatro amigos cruzaron la plaza de Los Apês, se internaron en el primer edificio que encontraron y entraron en un piso donde una familia celebraba la Nochevieja. Los maleantes ordenaron que cerrasen la puerta. Miúdo se sentó en el sofá; los ojos se le pusieron en blanco, su cuerpo se sacudió, convulso, y murió cuando comenzaban los fuegos artificiales que anunciaban la llegada de un nuevo año.

Sus compañeros subieron tres plantas más, entraron en otro piso y redujeron a sus inquilinos. Cuando amaneció, salieron tranquilamente del edificio y subieron a un autobús, rumbo a Realengo.

En la Trece, Tigrinho, muy temprano, ordenó a un niño que moliese vidrio y lo colocase dentro de una lata con cola de madera. Una vez preparado el pegamento, lo pasó por la cuerda de la cometa, que estaba atada a dos postes. Esperó que el pegamento se secase, preparó la brida y la quilla, e hizo subir bien alto la cometa para que se cruzase con otras en el cielo.

Había llegado el tiempo de las cometas en Ciudad de Dios.

NOTA Y AGRADECIMIENTOS

Esta novela está basada en hechos reales. Parte del material utilizado se extrajo de las entrevistas realizadas para el proyecto *Crime e criminalidade nas classes populares*, de la antropóloga Alba Zaluar, y de artículos publicados en los periódicos *O Globo*, *Jornal do Brasil* y *O Dia*.

En concreto, la primera parte del libro se escribió mientras se desarrollaban los proyectos de investigación *Crime e criminalidade no Rio de Janeiro* —que contó con el apoyo de la Finep (Financiadora de Estudos e Projetos)— y *Justiça e classes populares* —con el apoyo de CNPq (Centro Nacional de Pesquisa), de Faperj (Fundação Carlos Chagas Filho de Amparo à Pesquisa do Estado do Rio de Janeiro) y Funcamp (Fundação de Desenvolvimento da Universidade de Campinas)—, ambos proyectos coordinados por Zaluar. La propia idea de la novela surgió en el transcurso de los trabajos ligados al proyecto, a partir del momento en que la coordinadora comenzó a redactar sus artículos. Trabajé con ella durante ocho años y agradezco sinceramente su estímulo constante.

La segunda y tercera partes de la novela se concibieron con el valioso apoyo de Roberto Schwarz, Virginia de Oliveira Silva y Maria de Lourdes da Silva. Agradezco especialmente a Roberto Schwarz la orientación y el estímulo en relación con mi candidatura a la Bolsa Vitae de Artes.

Mi agradecimiento también al Instituto de Medicina Social de la Universidad de Río de Janeiro, que apoyó la investigación durante dos años, y, finalmente, a la Fundación Vitae, que, gracias a la beca que me concedió, me proporcionó las condiciones necesarias para acabar de escribir la novela y dar al texto su forma final.

Asimismo, quiero agradecer la colaboración de las siguientes personas: Maria de Lourdes da Silva (investigación histórica y revisión), Virginia de Oliveira Silva (investigación de lenguaje y revisión), Álvaro Marins, Edmundo Gomes da Silva, Ednaldo Gomes da Silva, Eduardo